

NEW LEFT REVIEW 122

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO - JUNIO 2020

PANDEMIA

MIKE DAVIS	Entra en escena el monstruo	11
AI XIAOMING	Diario de Wuhan	20
MARCO D'ERAMO	La epidemia del filósofo	28
N. R. MUSAHAR	Medidas de inanición en la India	34
ROHANA KUDDUS	Limoncillo y plegarias	42
MARIO SERGIO CONTI	Pandemonio en Brasil	50
VIRA AMELI	Sanciones y enfermedad	57
R. TAGGART MURPHY	Oriente y Occidente	67

ARTÍCULOS

MICHAEL DENNING	El <i>impeachment</i> como forma social	75
OWEN HATHERLEY	El gobierno de Londres	93
SHAOHUA ZHAN	La cuestión de la tierra en China	131

CRÍTICA

CHRIS BICKERTON	La persistencia de Europa	153
TERRY EAGLETON	Ciudadanos de Babel	161
LOLA SEATON	¿Ficciones reales?	168
JOHN MERRICK	Dorando la Gran Bretaña de posguerra	182

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Jan Zielonka, *Counter-Revolution: Liberal Europe in Retreat*, Oxford, Oxford University Press, 2018, 164 pp.

Ivan Krastev, *After Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2017, 120 pp.

CHRISTOPHER BICKERTON

LA PERSISTENCIA DE EUROPA

Desde el año 2015 se han alzado muchas voces agoreras sobre la Unión Europea. Los pronósticos de los analistas sobre su supervivencia aumentaron a medida que la crisis de la eurozona presagiaba la posibilidad de bancarrotas de la deuda soberana, se conseguía por los pelos evitar el Grexit a expensas de un sufrimiento enorme de la ciudadanía griega, la crisis de los refugiados golpeaba con toda su fuerza trágica las costas europeas y el Reino Unido votaba su salida de la UE. Estas cuatro crisis produjeron una avalancha de escritos sobre el «final de la UE», desde *The EU: An Obituary*, del historiador John Gillingham, hasta *The Strange Death of Europe*, de Douglas Murray, que lamentaban el colapso cultural del continente. Incluso los europeístas más convencidos tenían sus dudas. Guy Verhofstadt, uno de los más fervientes federalistas europeos y durante mucho tiempo líder del grupo liberal en el Parlamento Europeo, publicó *De Ziekte van Europa* (La enfermedad de Europa), aunque para cuando se publicó la edición inglesa ya había optado por el más optimista *Europe's Last Chance*. En medio de esta discusión se hablaba sin cesar de quién abandonaría la UE después de Gran Bretaña.

Aunque sean productos del mismo momento histórico, tanto *Counter-Revolution*, de Jan Zielonka, como *After Europe*, de Ivan Krastev, reman contra esta corriente de opinión. El título del libro de Krastev es un guiño a ese espíritu de la época catastrofista, pero ninguno de los dos autores concede demasiado crédito a las fantasías propaladas por Steve Bannon sobre el colapso de la UE. En lugar de ello, ambos defienden que lo que ha terminado

es una determinada *fase* de la integración europea –lo que se podría denominar su era liberal-constitucionalista– y no la UE como tal. A diferencia de mucha de la literatura tecnocrática sobre el tema, ambos libros son breves, están bien escritos y rebosan de ideas. Al contrario de quienes imaginan «Europa» como algo ajeno –«allí», «en Bruselas»– ambos conciben la UE fundamentalmente como una expresión del tipo de política que predomina dentro de los propios Estados miembro. A medida que estos paisajes políticos nacionales empiezan a ceder bajo las presiones de la crisis económica y social, ¿cuál serán los efectos en su Unión?

No es una coincidencia que sean dos europeos del Este quienes busquen las respuestas a esta cuestión. Como señala Krastev, la ciudadanía de sus países sabe bien lo que implica la desintegración de un régimen, mientras que la ciudadanía de Europa Occidental solamente lo ha aprendido en los libros de texto. Krastev nació en Lukovit, en el norte de Bulgaria, en 1965, y Zielonka, diez años mayor, es originario de una ciudad silesia en el sudoeste de Polonia. En 1989 Krastev era un estudiante de último año de Filosofía en Sofía. Zielonka había salido de Polonia a principios de la década de 1980 y hacía campaña en el extranjero a favor de Solidaridad; cuando cayó el Telón de Acero se encontraba en Holanda. Hoy en día Krastev es titular de un puesto permanente en el Institute for Human Sciences en Viena. Su lista de estancias como visitante en *think tanks* y universidades, desde Berlín a Nueva York, es increíblemente larga. Zielonka lleva más de una década en el St. Antony College de Oxford, después de impartir clases en Leiden y Florencia. Pero, aunque estas trayectorias conforman sus perspectivas, nada en ellas apunta a que los cambios que están teniendo lugar en Europa tengan su origen en el Este. Zielonka explica que concibió *Counter-Revolution* en la estela de la votación británica para salir de la UE y de la derrota de Renzi a manos de Grillo. Mientras escribía el libro, en 2017, los políticos del sistema –Rutte en los Países Bajos, Macron en Francia y May en Gran Bretaña– estaban respectivamente flagelando a migrantes, derrotando ampliamente a los partidos tradicionales y abrazando el Brexit.

El libro de Zielonka, que se lee muy bien, adopta la forma de una carta a su antiguo maestro, Ralf Dahrendorf, que en 1989 había redactado una respuesta epistolar al tumulto de los países del Comecon inspirada en las *Reflexiones sobre la revolución en Francia*, de Burke. Allí donde Dahrendorf veía una revolución liberal en marcha, Zielonka ahora trata de entender la «contrarrevolución» que se ha levantado en su contra. Su originalidad radica en apartarse de mucha de la literatura sobre la «explosión populista», que pretende desbaratar las reivindicaciones de los populistas sin criticar el orden liberal en sí mismo. En su lugar, aporta un intento sistemático de rastrear la crisis del liberalismo a través de los fracasos y de las debilidades de las décadas posteriores a 1989. En su opinión, la revolución liberal se

desbordó a sí misma, adoptando formas neoliberales y antimayoritarias. El liberalismo, que ya no era «un mapa para guiar a individuos, gobiernos y sociedades», se convirtió en una «ideología integral del poder», apartada de la esfera de la disputa electoral como otra perspectiva política, junto con el conservadurismo y el socialismo. Por el contrario, acabó por funcionar como un modo subyacente de gobernanza, priorizando los mercados por encima de la política, favoreciendo la integración regional de las economías y la construcción de modelos de gobierno transnacionales y enfatizando un constitucionalismo extrademocrático, en especial la delegación de poderes a instituciones independientes no mayoritarias, como vía para resolverlos conflictos sociales (a favor de quienes dominan). Aunque los partidos liberales seguían participando en las elecciones, el liberalismo fue acogido por la totalidad de los principales partidos, de izquierda, derecha y centro, como la ideología de poder del sistema.

Las fuerzas que Zielonka etiqueta como «contrarrevolucionarias» se caracterizan por su oposición a algunos aspectos al menos de esta ideología de poder. Entre los ejemplos que cita incluye la crítica de las instituciones independientes, como el Tribunal Constitucional polaco, o, por supuesto, el Banco Central Europeo. Los «contrarrevolucionarios», tanto en Polonia como en otros países, argumentan que, aunque el liberalismo profese ser plural, su atrincheramiento como ideología gobernante tiene consecuencias antipluralistas. Otra manifestación es la resistencia a la creciente convergencia entre partidos de la derecha y de la izquierda, su predisposición a gobernar juntos en «grandes coaliciones» semejantes a un cártel, resistencia que ahora se produce también dentro de los partidos hegemónicos, por ejemplo, en el movimiento #NoGroKo del SPD alemán. Pero el camino de regreso no es sencillo. «Los modelos europeos de democracia, capitalismo e integración no están en sincronía con las nuevas redes complejas de las ciudades, los bancos, el terrorismo y la migración», escribe Zielonka. La UE en tanto que constructo liberal necesita reinventarse, lo que implicaría una reinención del liberalismo, que «detuviera, cuando no revirtiera» las políticas neoliberales. «Yo creo firmemente que la problemática situación actual de Europa podría bien conducir a un nuevo y maravilloso renacimiento», concluye. Pero para ello será necesaria una «reflexión muy seria sobre qué fue lo que salió mal», si es que Europa quiere evitar lo que Dahrendorf se imaginaba en su momento: un valle de lágrimas.

El libro de Krastev, *After Europe*, comienza con otra disolución histórica anterior del orden dominante del continente, según la descripción que de ella hace Joseph Roth en *La marcha Radetzsky*. Nos recuerda que, en el caso de la Europa Oriental, la experiencia histórica de la diversidad étnica estaba ligada a la inestabilidad política y a la violencia: «Más que en cualquier otro lugar, en Europa Central y Oriental éramos conscientes de las ventajas del

multiculturalismo, pero también de sus aspectos más oscuros». En esta región los Estados y las naciones surgieron a finales del siglo XIX y lo hicieron de manera prácticamente simultánea, a partir de la desintegración de los imperios continentales –austrohúngaro, otomano, ruso– y de los procesos de limpieza étnica que vinieron después. «El mosaico étnico de Europa Occidental durante el siglo XIX fue, en general, armonioso, como un paisaje de Caspar David Friedrich, mientras que el paisaje de la Europa Oriental se parecía más a un lienzo expresionista de Oskar Kokotschka».

Como Zielonka, Krastev no niega la importancia histórica de la crisis de la eurozona o el «déficit democrático». Pero su principal argumento se centra en la migración: la crisis de los refugiados de 2015 fue, defiende, «el 11/S de Europa». Lo que produjo no fue, como escuchamos con tanta frecuencia, una «falta de solidaridad», sino un «choque de solidaridades», en el que las «solidaridades étnicas, nacionales y religiosas conspiran contra nuestros deberes en tanto que seres humanos». El choque enfrentó a los Estados occidentales (más grandes y ricos) contra los «cuatro Estados de Visegrado – Hungría, Polonia, Eslovaquia y la República Checa–, que se opusieron a las cuotas obligatorias de relocalización de la población refugiada que diseñó la Comisión Europea. ¿Por qué deberíamos entender este hecho como la principal crisis de la Unión Europea? «En Europa Central y Oriental la historia importa mucho», argumenta Krastev, y la ciudadanía tiende a funcionar con un «esquema mental de *dejà vu*». Después de las devastaciones de la primera mitad del siglo XX, la ruta hacia la estabilización nacional pasaba por una homogeneización étnica; cualquier gesto hacia la diversidad suscita miedos acerca de la vuelta al pasado.

Por otro lado, el desencanto acerca de su participación como miembros en la actual estructura de la UE hace que a estas ciudadanía les cueste aceptar las exigencias que les imponen los liberales de Europa occidental. «No le debemos nada a esta gente», era una respuesta generalizada. Por encima de todo, sin embargo, Krastev destaca la sensación de vulnerabilidad que se ha creado en los países afectados por la dramática migración hacia el *exterior*. Desde 1989, 2 millones y medio de personas han salido de Polonia y 3,5 millones de Rumanía. Su Bulgaria natal ha perdido el 10 por 100 de su población y la proyección es que hasta 2050 pierda otro 27 por 100. «Las naciones y los Estados tienen la desgraciada costumbre de desaparecer» en esta parte del mundo, señala Krastev. Dentro de cien años, ¿quedará alguien que pueda leer la poesía búlgara? Pero, a la vez que trata de entender la hostilidad hacia los recién llegados que esta vulnerabilidad provoca, también es sensible a su tragedia, evocando los pueblos búlgaros vaciados por la emigración, en los que no ha nacido un solo niño en décadas, y en los que, sin embargo, sus habitantes envejecidos se rebelan contra «los refugiados».

Krastev argumenta que la migración es la nueva revolución «organizada por la estrategia *exit*», protagonizada no por movimientos de masas, sino por individuos y familias. «Para los *damnés de la terre* [condenados de la tierra] de hoy en día, el cambio significa cambiar su país abandonándolo, más que cambiar su gobierno resistiendo dentro». En su opinión, ha sido el fracaso del liberalismo a la hora de abordar las consecuencias de la migración, más que la crisis económica o la desigualdad social rampante, lo que explica la hostilidad de los votantes hacia ella: «La incapacidad y la nula predisposición de las elites liberales para debatir la migración y para lidiar con sus consecuencias, así como su insistencia en que las políticas existentes son siempre de suma positiva (es decir, *win win*) es lo que convierte el liberalismo para muchos en un sinónimo de hipocresía». El resultado político es que «la democracia como tipo de régimen que favorece la emancipación de las minorías (desfiles LGTBI, manifestaciones de mujeres, políticas de discriminación positiva)» es suplantada por regímenes políticos que «empoderan los prejuicios de las mayorías amenazadas».

Si se ha descrito a Bourdieu (en la reseña que Jon Elster hizo de *La distinción*) como «el maestro del *fait divers* iluminador», podríamos decir que Krastev es el maestro del aforismo iluminador. En casi cada página de *After Europe* hay un giro original de la expresión que flirtea con la paradoja. La cuestión de la migración suscita la contradicción central del liberalismo, escribe Krastev: ¿cómo pueden reconciliarse nuestros derechos universales con el hecho de que los ejercitemos en tanto que ciudadanos de sociedades desigualmente libres y prósperas? Se complace en la famosa formulación de Brecht: «Para este mundo en el que vivimos, ninguno de nosotros es lo bastante malo». Al ofrecernos una visión desde el «otro lado» del debate sobre la libre circulación, es decir, desde un país de emigración, Krastev hace una contribución fundamental al debate. Las propias elites políticas europeas no se privan de la hipocresía: toda discusión crítica sobre la libertad de movimiento dentro de la UE está manchada por el fanatismo de la extrema derecha, mientras que su aproximación a la crisis de la migración ha sido mantener a raya a la mayor cantidad posible de refugiados no blancos.

Al atribuir el giro contra el constitucionalismo liberal a los miedos ante la heterogeneidad étnica, Krastev racializa la crisis política europea. Parece creer que, a medida que las formas institucionales del constitucionalismo liberal van cayendo, lo que se esconde detrás son mayorías políticas angustiadas por la posibilidad de la caída del orden moral e instigadas por tendencias autoritarias. En una rápida sucesión, para presentar su argumento de «una revuelta contra la tolerancia», Krastev retuerce *Who Are We?* de Huntington, *La personalidad autoritaria* de Adorno, a Karen Stenner, a Jonathan Haidt y, por si acaso, *Rinoceronte*, de Ionesco. Y, aún así, por ejemplo, constatamos que Polonia expidió más permisos de residencia a migrantes de fuera

de la UE que cualquier otro Estado miembro en 2018, más de 600.000. La mayoría de estos se destinaron a ucranianos y bielorrusos, étnicamente semejantes, pero cada vez más cantidad se destinaron a indios, nepalíes y otras nacionalidades. Krastev tiende a suponer, como lo hace la mayoría de quienes critica, que cualquier crítica sostenida del constitucionalismo liberal está motivada por una forma latente de racismo.

En cambio, no aborda la posibilidad de que lo que esté impulsando esta revuelta contra el *establishment* de la UE sea sencillamente una preocupación por aquellos aspectos de la vida democrática que el constitucionalismo liberal consigna a los márgenes: el poder de las mayorías populares de reformar sus sociedades y sus sistemas políticos. Como Zielonka describe con detalle en *Counter-Revolution*, el empoderamiento de las instituciones no mayoritarias, como los bancos centrales y los consejos fiscales, ha tenido como consecuencia enrocarse en determinados tipos de políticas, mientras que convierte a otras en virtualmente imposibles. ¿Se habría desplegado la flexibilización cuantitativa [*quantitative easing*] de forma tan universal como instrumento político, si las instituciones monetarias hubieran estado sometidas a un mayor control popular?

En lugar de sentimientos atávicos socavando el edificio liberal es la expansión de ese edificio —el trasvase regular de autoridad a los regímenes transnacionales que diseñan las políticas— lo que no deja apenas espacio para que los partidos políticos conformen su atractivo para el electorado. Si los problemas macroeconómicos profundamente enraizados a los que se enfrenta un país se retiran del debate político nacional, a un partido de extrema derecha le resulta más sencillo politizar en su lugar la migración y los refugiados. En Italia, Salvini ha hecho de la hostilidad hacia los migrantes una parte sustancial de la oferta política de la Lega, lo cual ha cobrado más importancia que su tradicional compromiso con el regionalismo y con la secesión de las regiones ricas de la Lombardía y el Véneto del *mezzogiorno* «tragasubsidios». En este giro recibió la ayuda de la excepcional exposición de Italia, junto con Grecia, a las peticiones de asilo, pero también contribuyó a ello la imposibilidad de efectuar un debate prolongado sobre las cuestiones económicas que afectan a la totalidad de los países de la eurozona. Krastev apunta que las elites políticas europeas han intentado promocionar su legitimidad mediante un desplazamiento a los plebiscitos. Pero teme que, debido a los muchos «noes» que estos producen, esta táctica acabe por ser ruinosa: aunque los gobiernos o los parlamentos tienen el poder de convocar un referéndum, «es el pueblo quien decide qué pregunta va a responder». Lejos de ser un defecto, esta es quizá la mejor defensa de cualquiera de los usos contemporáneos del referéndum: su capacidad para perturbar y desafiar un sistema político que lo convoca con la esperanza de fabricar el consentimiento para sus políticas predilectas. Así, los electorados francés y holandés

rechazaron de plano el Tratado Constitucional Europeo en 2005, mientras que una mayoría de la ciudadanía húngara respondió al referéndum de Orban sobre el proyecto de realojo obligatorio bien quedándose en casa o invalidando sus papeletas.

Zielonka y Krastev están de acuerdo en que, si la crítica al liberalismo está ganando terreno, aún tiene que desarrollar una agenda alternativa. Ninguno de los dos autores considera que esté surgiendo una nueva escisión política similar a la que antaño moldeó el moderno sistema de partidos europeo, enfrentando a la burguesía urbana contra la nobleza terrateniente, o a un Estado centralizado con los detentadores de los poderes locales. «A diferencia de la Iglesia católica o de los antiguos comunistas», escribe Krastev, «el nuevo populismo carece de cualquier ambición catecúmena o pedagógica». Su meta parece ser «empoderar al pueblo sin ningún proyecto común». Los contrarrevolucionarios de Zielonka muestran poco celo insurreccional. No obstante, los dos autores disienten acerca de qué es lo que hay que hacer. En opinión de Krastev, la historia de la desintegración política de Europa Central nos regala lecciones sobre el arte de la supervivencia: flexibilidad, improvisación, compromisos y conciliación. En lugar de demonizar a sus enemigos, el *establishment* de la UE debería plantearse adoptar algunas de estas políticas, incluso de sus actitudes, empezando con el fortalecimiento de sus fronteras externas y la revisión de su compromiso con el libre comercio. Zielonka no tiene tiempo de ocuparse de este tipo de cambio incremental en nombre de «vivir para luchar un día más». Lo que él defiende es que los liberales deberían abrazar audazmente el desacoplamiento del territorio, la autoridad y los derechos, que la globalización ha situado en el corazón de los conflictos políticos contemporáneos. El poder no debería concentrarse en los Estados-nación, sino en las ciudades, las regiones y las organizaciones transnacionales. La experimentación democrática debería estar a la orden del día, explorando las oportunidades que ofrece la conectividad digital.

Hasta el momento, los dirigentes de la UE se han inclinado mucho más por la línea de Krastev. La «resolución» de Merkel de la crisis de los refugiados, que entonces parecía tambalearse por momentos, fue un claro guiño al campo nacionalista mediante la aplicación del principio de «no más llegadas» y el alzamiento del puente levadizo de la fortaleza Europa. Bajo los términos del acuerdo sellado por Merkel y Erdogan, Turquía serviría como redil para los refugiados que trataran de llegar a Europa a cambio de dinero, progresos en las negociaciones para la entrada de Turquía en la UE y la liberalización de los visados para la ciudadanía turca. La UE también aumentó el presupuesto del cuerpo de vigilancia de la frontera exterior, Frontex. La nueva presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, concedió una aprobación tácita cuando las fuerzas de seguridad del gobierno del primer ministro griego Mitsotakis dispararon sobre los refugiados que

intentaban cruzar la frontera terrestre entre Turquía y Grecia a principios de marzo de 2020. Toda refundación del proyecto de la UE del tipo que le gustaría a Zielenka se ve obstaculizada por la necesidad de la ratificación de los Estados miembros: es muy probable que una votación sobre un nuevo tratado, en una época de hostilidad generalizada hacia la clase política, se convierta en un voto que evalúa el gobierno de turno.

Europa ha «sobrevivido», como pensaban tanto Krastev como Zielenka. Pero lo ha hecho sin dejar de ser casi exactamente lo que era, al menos por ahora. Como dejaron claro las elecciones de 2019 al Parlamento Europeo, los «contrarrevolucionarios» no desean en realidad abandonar la UE, lo cual constatamos con toda claridad en el caso polaco: el gobierno se pelea con la Comisión Europea por sus reformas judiciales, mientras intenta por todos los medios defender sus intereses en las negociaciones sobre el marco presupuestario de 2021-2027. No obstante, hay cambios en marcha dentro de los Estados miembros. De los *gilets jaunes* [chalecos amarillos] a las Sardinias, de las masivas movilizaciones feministas en España, Italia y Polonia a las huelgas de masas registradas en Alemania y Francia, la acción popular excede con mucho los intentos de limitarla a una derecha atávica. En lugar de ello, lo que está conformando la agenda posliberal es el intento de ampliar las fuentes de legitimidad popular y electoral a expensas de un pilar constitucional fortalecido por los cambios institucionales acaecidos desde el final de la Guerra Fría. Más que temer estos acontecimientos, deberíamos aceptarlos con brío y tratar de darles un significado más concreto. Y al hacerlo podemos corregir el título de Krastev: no *Después de Europa*, sino *Una nueva Europa*.